

Conferència Inaugural:

LOS VIAJEROS FRANCESES Y SU VISIÓN DE LOS PAÍSES CATALANES (SIGLOS XVI-XIX)

Bartolomé Bennassar

Durante cuatro siglos, muchos franceses, o europeos de habla francesa que podían proceder de las actuales Bélgica o Suiza, visitaron la península por cualquier motivo, y un buen número de ellos pasaron por Cataluña y Levante. Evidentemente, la gran mayoría de estos viajeros no dejaron relación escrita de su viaje. Nosotros debemos conformarnos con los testimonios que han pasado a la posteridad, bajo una u otra forma: Relación, memorias o recuerdos, correspondencia, obra literaria, ensayo, etc.,... Sabiendo perfectamente que estos testimonios pueden resultar superficiales, parciales, injustos, creemos, sin embargo, que la mirada del otro siempre ofrece interés para los que fueron objeto de observación por los forasteros; creemos, incluso, que las limitaciones de la mirada del otro no están desprovistas de significación. En cierto modo esta mirada propone una amplificación de los rasgos distintivos de un país y de sus habitantes. A más, las carencias de la observación nos informan sobre el observador y sobre los observados.

Por este motivo me parece imprescindible conocer la identidad de los testigos, los motivos de sus viajes, las circunstancias o la coyuntura del encuentro entre el extranjero y, en este caso, los países catalanes.

Pero antes de clasificar a estos testigos quiero subrayar que buena parte de los franceses que viajaron a España durante estos cuatro siglos no se detuvieron en Levante y Cataluña, y pocos fueron a Baleares, puesto que se precisava la voluntad específica de ir a las islas por no presentarse como obligación, ni siquiera como opción, en el itinerario peninsular. Entre los 93 viajeros cuyas relaciones pude estudiar, sólo siete estuvieron en Baleares mejor dicho, ocho si contamos con Louis-Joseph Wagré. Pero éste fue a parar a los pontones de Cabrera, de modo que no se puede pretender que estuvo en Baleares por su voluntad¹.

Dejando a parte el archipiélago, los testigos que llamamos a prueba són alrededor de treinta; más o menos la tercera parte de los viajeros que constituyen nuestro «corpus». Esto se explica con facilidad. Por una parte, del siglo XVI al XVIII, quienes, por el motivo que fuese, querían permanecer algún tiempo en la Corte y procedían de la capital de Francia, ganaban tiempo al viajar por el País Vasco: el recorrido resultaba bastante más corto. En esta categoría, el viajero más interesante del siglo XVII, según mi opinión –aunque su relación tenga una ausencia importante– es Barthélémy Joly y constituye una excepción: en efecto, Joly entró por Cataluña y, después de residir en Barcelona, de pasar por Montserrat y Poblec,

1. Ver Bartolomé y Lucile BENNASSAR, *Le Voyage en Espagne. Anthologie des voyageurs français et francophones du XVI^e au XIX^e siècle* Ed. Robert Laffont, Col. Bouquins, París, 1998, 1276 p. Las páginas 541-587 se refieren solamente a Cataluña y las páginas 609-690 a Baleares y Levante, en la parte geográfica (parte II). Pero se pueden encontrar muchas más referencias a los países catalanes en las partes I, III, IV y V.

se fue a Valencia antes de tomar el camino de Valladolid donde entonces residía la Corte. Pero Joly forma parte del séquito del abad de Citeaux para quien la visita de Poblet se imponía como una necesidad absoluta. Y, por otra parte, a partir de los años 1830, cuando el viaje a España se pone de moda en Francia, a punto de desplazar el viaje a Italia, la generación romántica –turiferaria de este viaje a España– no piensa más que en Andalucía; aunque fuese sólo de fama, Cataluña le parece demasiado cercana a Francia en todos los sentidos. Cataluña, incluso Valencia –piensan ellos– no les puede ofrecer el extrañamiento que están buscando. Así, viajeros tales como Alejandro Dumas, el marqués de Custine, Victor Hugo, Eugène Delacroix y Edouard Manet –pintores–, Edgar Quinet, Emmanuel Chabrier –músico– no fueron a Cataluña ni a Valencia. El propio Teófilo Gautier, que volvió en barco desde Cádiz, sólo hizo una escala en Valencia y otra en Barcelona. Es cierto que se quedó unos diez días en Valencia pero nada más que por esperar un barco. En su famoso *Voyage en Espagne* dedica cuatro páginas a Valencia contra sesenta a Granada; él mismo confiesa que paró sólo algunas horas en Barcelona y, aunque le parezca muy bella la catedral, escribe que Barcelona «*a un air un peu guindé et un peu roide*» (es decir, un poco tieso, un poco rígido). Por tanto, la gestión del viaje a España por la generación romántica y sus seguidores es exactamente contraria a la gestión de la generación de la Ilustración que buscaba en España las señales de la incipiente modernidad, de la irrupción de las Luces y que, por este mismo motivo, no hubiera concebido dejar de lado a Cataluña.

Ahora sí que podemos fijarnos en la identidad de nuestros testigos: en los siglos XVI y XVII, son cortesanos, como el señor Antoine de Lalaing, compañero del archiduque Felipe el Hermoso que estuvo en España en 1561, o eclesiásticos, como Barthélémy Joly que conocemos ya o un capuchino casi desconocido, François de Tours, de quien ignoramos los motivos de viaje y que resulta divertido por sus ingenuidades. Pero la verdad es que nuestra muestra es cortísima y es por eso que sucumbimos a la tentación de aprovechar cuanto más el texto de Barthélémy Joly, muy rico es cierto pero demasiado aislado para permitir comprobaciones. La muestra se amplía algo en el siglo XVIII: por un lado, tenemos a viajeros que conocen muy bien España, han recorrido gran parte de la península y se pueden arriesgar a las comparaciones: Jean-François Peyron y Jean-François Bourgoing entran en esta categoría. Podemos añadir el marqués de Marillac cuyo *Nouveau Voyage en Espagne* es de 1805 pero fruto de una experiencia adquirida en los últimos años del siglo XVIII. Al contrario, el suizo David-François de Merveilleux pertenece a la primera mitad del siglo y la lectura de este viajero, humorista de espíritu cáustico, resulta fructífera. Por fin, creo que un hombre de principios del siglo XIX, François Jaubert de Passa (1785-1856), catalán del Rosellón, muy imbuido del espíritu de la Ilustración, conocedor enamorado de los países de la corona de Aragón, cuyas obras quedaron inéditas pero que pude leer gracias a la benevolencia de los herederos, se integra en esta categoría donde también clasificaría a dos científicos, los primeros franceses que nos han dejado, que yo sepa, información de su experiencia en Baleares, son Jean-Baptiste Biot, profesor del Colegio de Francia, nuestro único testigo sobre la isla de Formentera, y François Arago, otro Rosellonés y científico de gran valor, que sospechoso de espionaje en Mallorca en 1808, estuvo a punto de pasarlo muy mal².

Evidentemente, la muestra abulta en el siglo XIX, a pesar del desinterés de la gran mayoría de los románticos, apasionados furibundos de Andalucía. Entre los que visitaron Cataluña y Levante en esta época, encontramos dos de los franceses mejores conocedores de la península que hayamos hallado: el pintor Adolphe Desbarrolles, responsable de iniciar a Dumas en las cosas de España cuando éste fue encargado por la monarquía de Luis-Felipe de realizar historiografía de las bodas reales en 1846. El mismo Desbarrolles publicó un libro

2. Recomendamos especialmente la obra publicada hace pocas semanas de François JAUBERT de PASSA, *Souvenirs du Voyage de 1819 en Espagne* Présentation par Jacques SAQUER, Ed. Société agricole, scientifique et littéraire des Pyrénées Orientales, Perpignan, 1998, 559 p. La obra de JAUBERT de PASSA es totalmente dedicada a los países de la Corona de Aragón.

Los dos artistas en España reeditado varias veces³. Y el coleccionista barón Charles Davillier que hizo no sé cuantos viajes por España en compañía del grabador romántico Gustave Doré⁴. Además de ellos, contamos con un afamado periodista, Charles Didier, dos viajeros cuya personalidad nos queda casi desconocida, a pesar de largas investigaciones: Charles Dembowski, hijo de Matilde, el gran amor platónico de Stendhal, y la señora de Brinckmann, quien en los años 1840 cabalgó a través de la península con un guía y un fusil; no olvidemos al botanista suizo Edmond Boissier que no residió en Barcelona, pero sí en Valencia, el año de 1837, al escritor Antoine de Latour y a otra escritora muy conocida, George Sand, al profesor de humanidades Blanc Saint Hilaire, al universitario helenista Charles Graux que permaneció algún tiempo en Barcelona y cuya correspondencia con sus padres y amigos es buen testimonio de la vida cotidiana catalana, al pintor y grabador de Montpellier Jean-Baptiste Laurens, el único que nos ofrece una visión lúcida de la catedral de Palma de Mallorca, al médico de Cannes Marius Bernard, que dió la vuelta a todo el Mediterráneo, el único autor francés en esta época que nos habla de Menorca e Ibiza, en fin a uno de los testigos de la epidemia de cólera en Alicante, Boucher de Perthes...

Éstos son los que llamamos ahora locutores, o emisores del mensaje. Pero ¿qué nos han dicho de los países catalanes ?

No nos hagamos demasiadas ilusiones. En muchos aspectos el testimonio va a resultar decepcionante. Así es el caso de los paisajes. Nuestros viajeros, apenas si han visto el campo de Cataluña. Joly es de los pocos, que supo apuntar, entre Girona y Barcelona, las viñas en enparado, la abundancia de riachuelos que bajaban de las sierras vecinas, los bosques de encinas y de alcornoques, cuando casi no había robles, que se maravillaba de tantas perdices y conejos, vendidos tan baratos por cualquier huésped. Es cierto que el paisaje de Montserrat llamó la atención a muchos: Peyron vió en el Mont-Serrat una de las dos maravillas de Cataluña. Se esfuerza por explicar la etimología de Montserrat: peñas escarpadas, despedazadas, hechas encajes, y concluye: «No se puede expresar la belleza, la riqueza, la variedad del paisaje que se desvela desde el punto más alto». También Didier se entrega a unos acentos líricos: «el Montserrat echado en la llanura árida y desnuda tal como un inmenso escollo en medios del océano; al verlo erguirse de lejos a través de las neblinas de la mañana, se hubiera pensado en una Babel misteriosa edificada por unos titanes antediluvianos para trepar hasta el cielo. Pero las nieblas se despejan, aparece la aurora y las formas bruscas y audaces de la gigantesca ciudadela se dibujan cada vez con más claridad en la línea rosada del horizonte».

Pero el Montserrat es una excepción. No la única. Jaubert de Passa hace una descripción rápida pero interesante del delta del Ebro. Varios viajeros se mostraron sensibles a la huerta valenciana. Ya, a principios del siglo XVI, Antoine de Lalaing admiró «los jardines más bellos que se puedan ver, adornados de higueras, naranjos, granados, almendros y otros frutales que no se ven en nuestro país». Siglos después, Antoine de Latour disfruta mucho descubriendo los arrozales próximos a Játiva, tan amenos a la vista del viajero, «cuadrados de tierna verdura, ...medio sumergidos y que, escalonados con mucha ingeniosidad, derraman sus aguas de terraza en terraza, silenciosas cascadas». Los alrededores de Carcaixent, Alcira, Algemesí, Benifayoo, Silla le merecen otros párrafos elogiosos. En las afueras de Valencia, la Albufera, uno de «los paseos más encantadores que se puedan hacer», ofrece a Charles Davillier la oportunidad de una descripción larga y realmente bonita que no tenemos la posibilidad, por falta de tiempo, de traducir pero que merece un momento de ocio. Más al sur, el palmeral de Elche provoca en 1866 el entusiasmo de Eugène Poitou, mientras que un cuarto de siglo antes, la bahía de Palma parece a Charles Dembowski como la más agradable de las marinas. El mismo autor, después de la eterna primavera del valle de Sóller, descubre entre Alcudia y Artá «una deliciosa comarca toda plantada de algarrobos, olivos y naranjos».

3. Adolphe DESBARROLLES, *Les deux artistes en Espagne*, París, Col. Georges Barba, París, 1865.

4. Según nuestras informaciones se acaba de publicar en España, en una traducción castellana, el conjunto de los artículos de Jean-Charles DAVILLIER (1823-83), con los grabados de Gustave DORE.

Existirían algunas que otras excepciones. Sin embargo, es cierto que los viajeros franceses no han sido tan atentos a los paisajes como a las ciudades. Resumiendo, diría que dos ciudades han confiscado gran parte de su tiempo y de sus relaciones: Barcelona y Valencia, evidentemente. Luego, merecen mención Girona y Palma de Mallorca, por fin Tarragona, Ciudadela e Ibiza, estas últimas gracias a Bernard. Sepueden hallar algunas líneas relativas a Alicante, Denia o Figueres, pero, de verdad muy poca cosa.

A propósito de Barcelona, no faltan los textos que pudieran servir de comentarios a los estudiantes, incluso en exámenes. Y lo bueno es que tenemos textos desde principios del siglo XVII hasta fin del XIX. Ya en 1604, cuando Barcelona no había recobrado su esplendor gótico ni había alcanzado la brillantez de su modernidad, Barthélémy Joly la calificaba de bella ciudad, tan grande como Lyon, y elogiaba varios edificios, la Lonja especialmente. A partir de fines del siglo XVIII, la valoración de Barcelona es siempre positiva y la referencia común es la actividad. Escribe Peyron en 1777: «Barcelona es la única ciudad de España que anuncia desde lejos su grandeza y su población; a media legua de Madrid no se sospecharía una gran ciudad y menos la capital de la monarquía si no se divisaran altos y numerosos campanarios en medio de una tierra árida; mientras que en los alrededores de Barcelona una multitud prodigiosa de casas, la afluencia de coches y viajeros anuncian una ciudad rica y comerciante». Pocos años después, Bourgoing diagnóstica: «No hay en España ciudad donde exista más apariencia de actividad e industria efectiva». Y añade: «Barcelona debe principalmente su esplendor y su riqueza a su industria y a la cantidad de sus fábricas. Las más notables son las de telas pintadas y de sedas». Algunos años después, el marqués de Marcillac escribe: «Si queremos encontrar un ejemplo de la actividad y de la industria comercial, si queremos poder calcular a qué punto puede llegar el deseo de enriquecerse del hombre, hay que ir a Barcelona. Se piensa, se habla, se trabaja sólo para especulaciones; negociantes, fabricantes, manufactureros están unos por encima de otros...». Se queja, sin embargo, de que la palabra *dinés* esté tan usada, siendo la segunda que se enseñe a los niños después de la primera, *Dios*. El parecer de la señora de Brinckmann en los años 1840 es casi análogo: «Barcelona es la ciudad más industrial...; antes de entrar en ella se ven desde lejos las numerosas chimeneas de sus fábricas vomitando un sucio humo negro por encima de unos campos alegres y fértiles. [Los habitantes] son mucho más activos y también más trabajadores...»

A Bourgoing le impresionó mucho el crecimiento demográfico de Barcelona. Después de insistir sobre el comercio de Barcelona, donde llegan las sedas de Lyon, las medias de Nimes, los artículos de algodón y tanto bacalao, escribe: «según el censo de 1787, Barcelona tiene 111 410 habitantes... Cuando en 1715 no tenía más de 37 000 almas y al desembarcar Carlos III en 1759 no tenía aún 53 000».

Pero también, a estos viajeros les parece que Barcelona resulta ser una ciudad agradable. El mismo Bourgoing asegura: «hay que admitir que son pocas en Europa las ciudades cuya morada ofrezca más agrados y recursos que Barcelona.» Didier apunta que es una ciudad donde el teatro tiene más afición y donde se puede también presenciar ópera aunque no tenga música nacional, reinando Rossini de un modo absoluto; la señora de Brinckmann vaticina que Barcelona es una ciudad que ha de gustar de entrada. Añade: «Todo demuestra una civilización adelantada y usos de gran ciudad. Los extranjeros encuentran en ella recursos de todas clases... Toda la parte moderna de la ciudad está espléndidamente edificada». También le gustan los paseos, especialmente la Rambla y la Muralla. En fin, en 1875, Charles Graux, considera que las casas son feas, menos las del Ensanche, pero se declara encantado por la hospitalidad catalana y las bondades de sus huéspedes, entre quienes destaca un famoso romanista, el profesor Milá y Fontanals.

Valencia es otra ciudad muy visitada y descrita con un gran lujo de pormenores. Pero el discurso sobre Valencia es muy distinto y mucho más crítico. Peyron, por ejemplo, disertando de las manufacturas de seda y de las tintorerías de Valencia, censura la calidad de los productos, muy inferiores, según él, a los de Francia, Italia o Inglaterra, e imputa estos

defectos menos a la materia prima que a la inhabilidad e incompetencia de los artesanos y tejedores. En cambio, no se discute la importancia del comercio de las frutas de la huerta, no solamente verduras y agrios sino también arroz y caña de azúcar.

Pero Valencia propone temas diferentes. Joly elogiaba «la elegancia y la limpieza natural» de la gente y el gusto por el lujo: «todos los oficiales mecánicos vestidos de seda», las mujeres «espléndidamente vestidas, engalanadas, maquilladas como si fueran diosas». Los monumentos de Valencia, la Seo, la Lonja, la Diputación, también merecieron la aprobación de Joly.

El mismo Joly nos ofrece un retrato colectivo interesante de los moriscos de Valencia pocos años antes de la expulsión. Para él son muy trabajadores y por eso protegidos por los señores, pero «por dentro todos mahometanos, guardando secretamente su sábatu, la çala y el ayuno del ramadán, hablando juntos de las fábulas de su Alcorán en lengua arábiga que hablan todos, mujeres y niños, aunque les fue prohibido». Después, a principios del siglo XIX, Jaubert de Passa ofrece un análisis muy lúcido de la sociedad valenciana o, mejor dicho, de las clases populares y de sus alquerías y de las clases medias. También Jaubert conoce la cerámica de Manises, arte en que trabajan aún unos 150 talleres, y la escuela de pintura de Valencia, cosa rara en esta época, cuando la gran mayoría de franceses desconocen totalmente las escuelas de pintura de la península.

Pero, quizá, Valencia destaca más por algunos rasgos originales. Lalaing y Joly se maravillaron al descubrir en esta villa una mancebía cuya organización les pareció extraordinaria: «No he visto tal policía en lugar tan vil» confiesa Lalaing, y Joly escribe: «hay en Valencia, así como en toda España, pero delicioso aquí, un gran y famoso lugar de mujeres dedicadas al placer público». Les encanta a los viajeros franceses una institución mucho más decente, el tribunal de las aguas y Desbarrolles primero, luego Antoine de Latour, no puede dejar de contar una de las sesiones de dicho tribunal, describiendo los usos y procedimientos de los jueces y las intervenciones y argumentos de los litigantes. También, la fiesta de Sant Vicent Ferrer brinda la oportunidad de un texto largo y muy bonito a Jaubert de Passa.

Hay que esperar el siglo XIX para hallar, con dificultad, a viajeros capaces de descubrir el esplendor de la catedral de Girona, su escalera monumental, su fachada elevada en tres plantas escalonadas. Alejandro de Laborde, el primero en describirla, admira sin reparos la nave gótica y descubre también la *Casa de los baños*, pero Desbarrolles se olvida pronto del monumento para contar la fábula de las moscas de Sant Narcís. Jaubert de Passa y Graux nos dicen muy poco de Tarragona y aún menos de Tortosa. Palma de Mallorca ha sido tratada mejor: ya Dembowski, aunque más atento a las costumbres y a las escenas de la vida cotidiana, sabe valorar «el magnífico palacio gótico de la Lonja» y «la hermosa catedral... amplia iglesia gótica» pero no las describe; por suerte Laurens, un artista, dedica una página lúcida a la catedral, especialmente al pórtico sur del monumento: «nunca el arte gótico me había parecido tan correcto, tan expresivo, tan sabio». Y describe con muchos detalles todo el pórtico, especialmente el tímpano.

Sería interesante registrar cuáles fueron las particularidades de la vida de los países catalanes o los acontecimientos históricos que sorprendieron a nuestros viajeros. Ya pudimos señalar en Valencia el tribunal de las aguas o la fiesta de Sant Vicent Ferrer. Sería inoportuno olvidar la relación del fastuoso banquete servido en la casa de Poblet de Barcelona al abad de Cîteaux, que Joly acompañaba, relación salpicada de apreciación es de todas clases y de refranes tales como «*La perdiz es perdida si caliente no es comida*». El mismo Joly queda asombrado por el número de muertes violentas en Valencia, «no existiendo en España ciudad donde se cometan tantos homicidios y cada mañana quedan algunos en el sitio. La mayoría de estos asesinatos causados por las mujeres que tienen fama de ser de complexión muy amorosa por culpa del clima». Por lo visto, el bandolerismo valenciano resistió a la erosión del tiempo ya que Arago y Jaubert de Passa cuentan historias de bandidos que se sitúan en el reino de Valencia, la de Arago cerca de Cullera y la de Jaubert, al sur del Ebro en la entrada del reino. Es cierto que son bandidos de estilo nuevo, bandidos de honor ya de estirpe

romántica. Incluso, el don Jayme y la Pepita de Jaubert, amigo de Prosper Merimée, pudieron servir de prototipo a este último.

Las procesiones también llaman la atención de los viajeros. El capuchino François de Tours no toma en serio la procesión de Figueras a pesar de «foetteux» como llama a los flagelantes, pero la señora de Brinckmann gusta de la procesión del Corpus en Barcelona, que en su opinión es bella e imponente y proporciona magníficos vistazos. Resulta pintoresca, hasta curiosa, la relación de Biot de su estancia en la isla de Formentera y de su encuentro con los vecinos a principios del siglo XIX. Gracias a Didier y Boissier, podemos intuir la atmósfera peculiar de Valencia en los años 1835-37, es decir en tiempo de las guerras carlistas, cuando la ciudad quedaba bajo la amenaza del ejército de Cabrera.

Las fiestas de Moros y Cristianos en Alcoy no pasaron desapercibidas por nuestros viajeros: la relación de Davillier, que subraya su especificidad, demuestra el conocimiento excelente de la península, del temperamento y de las costumbres de sus habitantes que tuvo este autor, cuya obra fue traducida en Valencia por la editorial *Albatros* en 1991 y a quien se debe, por otra parte, una biografía del pintor catalán Mariano Fortuny. Es muy probable que la relación de las mismas fiestas por el profesor Blanc Saint Hilaire se inspirase en buena parte en el texto de Davillier.

Evidentemente, los lectores catalanes, valencianos o baleares pueden sorprenderse de la ignorancia de nuestros viajeros con respecto a los tesoros del arte medieval catalán, especialmente el románico, o mallorquín o del Renacimiento valenciano, con pocas excepciones (Desbarrolles, Jaubert de Passa). No saben ver los retablos, nadie se dio la pena de ir a Ripoll o a Vic y las visitas de Poblet son escasas. Hasta errores groseros podemos leer en nuestros textos: así, la señora de Brinckmann califica la catedral de Barcelona de «hermosa iglesia bizantina»(!). Pero lo más curioso es la poca insistencia en la especificidad catalana, con la excepción importante de la actividad económica y de la habilidad en la especulación financiera. No se fijan en el uso de la lengua, aunque Barthélémy Joly haya apuntado que son países con su propia lengua. Es probable que nuestros viajeros se hayan aprovechado de la cortesía de sus huéspedes que les hablan español porque suponen que no saben el catalán; una alusión de Charles Graux, con respecto a una charla con el señor Closas, su huésped en Barcelona, permite opinar así.

También Joly aludió a los fueros del reino de Aragón y a los privilegios de la ciudad de Barcelona. Cuenta la anécdota del rey que se presenta en Barcelona para entrar en la sala de las Corts y a quien el portero le avisa descaradamente que sólo puede entrar como conde de Barcelona. También Peyron, en los años 1770, se refiere a este hecho, escribiendo: «No resulta raro oír decir a un Catalán que el rey de España no es su soberano y que no tiene más título en Cataluña que el de conde de Barcelona». El marqués de Marcillac da razón de los conflictos entre los reyes de España y los Catalanes sin olvidar de mencionar que en el 1793 los Catalanes se mostraron leales con el soberano. Por otra parte, Dembowski apunta que los Mallorquines se niegan a ser españoles: «mallorquines y siempre mallorquines».

No quisiera acabar sin dar un pasito atrás con respecto a mi introducción. Les dije que la lectura de los viajeros podía procurar decepciones. Es verdad, pero tampoco es aburrida y, con todas las precauciones acostumbradas y precisas en el hacer histórico, diría que muchas relaciones tienen el mérito de suspender el tiempo y de fijar la mirada en un momento frágil, único, efímero del pasado.